

VII

LA LECCIÓN¹

Si alguien destapa una botella de real vino de Jerez con cincuenta años de solera, se la lleva a la boca y se la bebe en menos que canta un gallo, aparte de que se emborrachará como un cerdo, merece que le condenen a beber agua de pozo por el resto de su vida. Sin embargo, yo lo hice una vez; y si las circunstancias se repitieran, trataría de volver a hacerlo, aunque no puedo garantizar que las consecuencias fueran las mismas. Los años no pasan en balde.

La culpa de todo aquello fue de mi abuela paterna, la Abuela Grande, como la llamábamos, y debe contarse como una lección digna de aprovechamiento.

La Abuela Grande era una mujer de pueblo que tenía personalidad en cualquiera de las dimensiones en que se la considerara dentro del tiempo y del espacio. Medía sus buenos dos metros y tal vez algún centímetro de regalo, y estaba construida en proporción. No puedo asegurar su peso, sólo puedo contar lo que pasó una vez que se empeñó en que un boticario la pesara. Una de sus grandes preocupaciones era que yo estaba muy flaco; y cada vez que venía a Madrid, quiera que no, me llevaba de la manita a ver a un viejo amigo y admirador suyo para que me pesara en su botica de la Corredera. En aquella ocasión tuvo la curiosidad de saber cuánto pesaba ella misma, pero el buen viejo balbuceaba un poco temeroso: «Inés, estos instrumentos son muy deli-

1. Publicado en *La Nación* (Buenos Aires, Argentina), 2 de marzo de 1958, y como «Grandmother's Lesson» en *Arena* (Londres, Gran Bretaña), julio de 1963, págs. 58-67.

cados, no me atrevo...», y no hubo manera de convencerle. Se resignó a soportar un cuarto de hora de improperios, meneando la cabeza como un muñeco de cuerda, y salimos de allí de un portazo, tan ignorantes como habíamos entrado. Mi abuela me arrastraba a través de la multitud que llenaba el popular mercado; y las protestas se quedaban a medio estallar cuando la gente se enfrentaba con la autora del empujón o del codazo. De pronto se paró en seco, produciendo otra conmoción entre las amas de casa, y se encaró conmigo:

—Y ¡ese gato pelao pretendió ser tu abuelo! ¡Afortunadamente no lo consiguió, que si hubiera salido con la suya tú no habrías venido al mundo!

En la fecha de mi historia, los veinticinco hijos que había lanzado al mundo —estaba muy orgullosa de ello y de las energías de mi abuelo— habían muerto o desaparecido Dios sabe dónde, y no le quedaba más familia que mi madre, viuda del último de sus hijos, y nosotros, los cuatro nietos. Había querido quedarse con nosotros para ayudar, según ella, pero mi madre se negó rotundamente. Y en vista de ello, la abuela volvió a su pueblo, Navalcarnero, y para hacer algo se metió a ama de llaves de un vina-tero que tenía cuatro chicos de la piel del diablo y la mujer en el cementerio.

Como Navalcarnero está cerquita de Madrid, cada dos o tres semanas tomaba el tren y venía a ver a sus nietos, que la esperábamos encantados, porque siempre venía cargada de regalos para nosotros. Eran regalos pueblerinos regidos por el calendario: chorizos y morcillas, con algún buen trozo de lomo, en la época de la matanza; fruta, en el verano; una garrafa de vino dulce, arrope y mostillo, allá por septiembre; en Navidad, dulces que ella misma hacía; y riquísimos bollos de aceite, también de su propia confec-ción, a lo largo del año entero. Así que cuando anunciaba su venida, los nietos bajábamos a la estación a buscarla.

Aquella vez sólo bajamos mi hermana y yo, porque los otros dos ya habían comenzado a trabajar: mi hermana, con sus trenzas tiesas atadas con cintitas rojas, yo, aún con blusita de marinero. La Concha solía burlarse de la prenda y mancharme con cualquier porquería el cuello blanco, yo me vengaba tirándola de las trenzas y quitándola las cintas, que iban a parar en algún charco. Pero aquella mañana de primavera habíamos acordado una tre-gua para que la abuela nos encontrara limpios, e íbamos muy se-

riecitos a la estación. Porque mi abuela había anunciado que nos traía dos docenas de «quesillos».

Mi hermana, de repente, me dijo, muy sabia:

—Los moldes de los quesillos son unos cestitos que hacen las chicas con junquitos del río, que los tējen muy apretados, ¿sabes?, para que así sólo se escape el cuajo, que es el agua de la leche cortada. Después los ponen a escurrir y cuando han escurrido bien, ya está.

Sabía yo tan bien como ella cómo se hacía el requesón, y no le hice caso:

—Lo que tú quieres es que te dé mis moldes, pero no me da la gana.

Seguimos el resto del camino sin hablar palabra.

La Estación Central del Ferrocarril de Madrid a Almorox y Villadelprado, para darle su título completo, era tan diminuta como correspondía a un ferrocarril que parecía de juguete y que empleaba sus buenas siete horas en recorrer setenta y cinco kilómetros.

La idea que provocó la construcción de aquel ferrocarril, que no sé si existe aún, porque quebró en los veinte, era buena: transportar a Madrid vino, verduras, cereales, harinas y corderos. Su ejecución fue un error, porque, cuando se terminó, los pueblos aún tenían carros y arrieros, y no estaban dispuestos a prescindir de ellos para darle una ganancia al tren; y cuando los carros se fueron destruyendo, las mulas muriéndose y los arrieros haciéndose viejos, es decir, cuando el tren comenzó a tener clientes, surgieron los automóviles de línea y los camiones, más rápidos y más baratos, subió de precio el carbón, ¡y la compañía quebró! Pero entonces, allá por 1905, en el principio de su auge, su estación chiquitita era una joya de limpia y bien pintada. Los rieles parecían de plata, y los trenes, con sus vagones de rojo brillante y sus locomotoras verdes, bruñidos los cobres, eran una alegría para chicos y grandes. Cuando se anunciaba la llegada del único tren de viajeros, los guardias de servicio se enfundaban sus guantes verdes y se enderezaban el chaco para hacerle los honores. Los consumidores se situaban a ambos lados de la puerta de salida; y los mozos se encasquetaban a toda prisa la gorra galoneada y se extendían a lo largo del andén.

Los más antipáticos y odiosos para nosotros eran los consumidores. Entonces aún pagaban derechos los comestibles que llegaban a Madrid, y los consumidores estaban en todas las carreteras

y estaciones, armados con un pincho muy largo para que nadie pasara algo de matute. Aquella mañana nos quisieron echar del andén a mi hermana y a mí. Teníamos billetes de andén, pero no nos dio la gana de enseñárselos. Llamaron a los mozos, que tampoco tenían derecho a exigirlos, y, por último, vino uno de los guardias. A éste le enseñamos los billetes y le chillamos si es que creían que éramos unos golfos, para que nos amenazaran los tíos del pincho con pegarnos. Cuando se anunció la llegada del tren, habíamos armado una hermosa bronca. El guardia había dicho a los consumidores que nos dejaran en paz, porque teníamos derecho a estar allí; los consumidores replicaron que por qué no habíamos enseñado los billetes. Mi hermana contestó que porque no le daba la gana. El otro la llamó «mocosa», y ella le llamó «chulo» y le dio una patada en las espinillas, una cosa que le gustaba mucho hacer. Y con eso se armó. El consumidor la quiso pegar, el guardia se metió por medio, y sabe Dios lo que habría pasado si no hubiera pitado el tren y el jefe de estación con su gorra muy galoneada no hubiera aparecido y gritado muy serio:

—Hala, cada uno a su puesto, ¡retacos!

Llegó la abuela por fin, enorme, cargada con dos enormes cestas, y nos precipitamos a ella:

—¿Nos has traído los quesillos?

Dejó su carga en el suelo y nos llenó de besuqueos a cambio de los nuestros, antes de inclinarse para levantar la esquina de un paño blanco y mostrarnos debajo los veinticuatro cestillos de mimbre, rebosantes de requesón:

—Lo prometido es deuda, hijitos.

—¡Danos uno, danos uno!

—Nada. Ya vais a comerlo en casa. Ahora vamos a ver si agarramos un coche. Las piernas ya empiezan a pesarle a una.

En cuanto llegamos a la puerta de salida, uno de los consumidores largó la mano para levantar la tapa de una cesta. Mi abuela dio un meneo con las caderas, que a poco le tira al suelo, y gritó con su vozarrón:

—Las pezuñas quietas, ¿eh?... Bueno, esta vez no tengo ganas de bronca. Traigo medio cordero y tres kilos de tocino. Ah, y unos requesones, pero éstos no pagan. Son para los chicos.

Nosotros nos habíamos echado a reír con el traspie del consumidor, y éste nos estaba mirando con las de Caín. Al oír lo de «para los chicos» se volvió rápido a mi abuela:

—¿Cómo que no pagan? ¿No son cosa de comer? Dos reales la docena. Y si no, no pasan. Si son para los chicos como si son para el Padre Santo.

Mi abuela se puso púrpura, más porque el hombre la empujó hacia atrás y la obligó a quedarse al otro lado de la puerta, otra vez en el andén. Pero se contuvo aún:

—La leche no paga consumo, y los quesillos son leche, así que no pagan.

—Pues no pasan. La leche esa —agregó pomposo, y nunca se me olvidó la palabra que entonces oí por primera vez— es *manu-factura*.

Mi abuela rugió:

—¡A ti si que te voy a manufacturar las narices! He dicho que es leche y es leche. Y no pagan porque no me dejo robar de una manada de granujas que no están aquí más que para robar al pobre. ¿O es que creéis que vais a relameros los morros con ellos? Son para éstos, para mis nietos.

—Pues no pasan. Paga usted, señora o lo que sea, o la mercancía queda decomisada.

—¿Y te los comes tú, guapo? Se te iban a indigestar. Y en cuanto a lo de señora o «lo que sea», me parece que te has creído que estás hablando con tu madre, mamón...

La abuela había dejado las dos cestas en el suelo mientras discutía. El consumero abrió la boca para replicar, pero se encogió de hombros y se agachó para recoger una. Con esto, la abuela le empujó los hombros y le sentó en el suelo:

—He dicho antes que las pezuñas quietas. Y no me tiene la paciencia más.

El hombre se levantó blasfemando y alzó el pincho, amenazador:

—Si no fuera una mujer...

—Si no fuera una mujer hace media hora que estabas corriendo. Pero aún tienes tiempo. Y se acabó.

Empuñó de nuevo sus dos cestas y se dirigió a la salida. El corro que se había formado se abrió, haciéndola paso.

—Vosotros, chicos, echad delante de mí, vamos a ver estos guapos de zarzuela.

Desde aquel momento las cosas se sucedieron tan rápidamente que parecieron simultáneas. Uno de los consumidores cubrió la abertura de la puerta con su corpachón y llamó a la pareja

de guardias, que hasta ahora había contemplado la escena filosóficamente. El otro consumero agarró un brazo de mi abuela. Ella le sacudió un cestazo que le dio de lleno en el estómago y le lanzó contra el corro de la gente. Uno de los guardias se abrió paso a codazos y se encaró a mi abuela, mientras el otro contenía al consumero, que hacía ademán de lanzarse sobre su enemiga. El consumero de la puerta vino en ayuda de su compañero y de los guardias. Mi abuela volvió a dejar las cestas en el suelo y disparó la hélice de sus enormes brazos, produciendo un círculo vacío a su alrededor. Mi hermana y yo comenzamos a brincar y danzar, prodigando ella taconazos en espinillas y yo pisotones en cada pie que se ponía a mi alcance. Aunque fuera pequeño y ligero, mis botas estaban llenas de conteras de metal, y pisaba fuerte.

En unos segundos aquello se convirtió en un campo de batalla general. La mayoría de los viajeros eran gentes de pueblo, como mi abuela, que se lanzaron a su defensa. Los golfos, que acudían en enjambre a las estaciones, y los vecinos de la barriada odiaban a la autoridad, y sobre todo a los consumidores. La actitud de la abuela la había elevado en un momento a la cumbre del heroísmo. Y los golfillos se dedicaron a pescar en río revuelto, tratando de averiguar qué contenían cestas y alforjas sin permiso de los dueños.

De repente acudió el jefe de estación al frente de todos los mozos que pudo reunir. No sé cómo hubiera acabado aquello si no hubiera tenido la inspiración de lanzar a la vía un puñado de petardos de los que se usan como señales en la niebla. La serie de estampidos paralizó instantáneamente a todos los contendientes, y un momento más tarde puso alas en los pies de la mayoría. Los mozos formaron un cordón alrededor nuestro y contuvieron a los restantes curiosos, ya repuestos del susto. El jefe de estación, muy sereno, increpó a los guardias con un vozarrón que parecía increíble por salir de su cuerpo menudo:

—¿Qué escándalo es éste? Y a usted, ¿qué le pasa, señora?... Ustedes se callan. La señora es un viajero y está dentro del recinto de la compañía, es decir, bajo su protección.

Creo que les dejó a todos con la boca abierta. Hasta a mi abuela, que comenzó a contar la historia con mucha calma, una calma que no nos engañaba mucho a nosotros. Cuando acabó, el jefe se volvió a los consumidores:

—¡Cochina vergüenza os debía dar meteros con las mujeres indefensas!

La frase, después de lo ocurrido y delante de la humanidad de mi abuela, que sobresalía más de un pie sobre la gorra galoneada, provocó un coro de risas. Pero el hombre se volvió imperturbable a ella:

—¿Dos reales le piden a usted por cada docena? No se apure, señora. La compañía pagará esa peseta.

Y echó mano al bolsillo.

Mi abuela le contuvo:

—Muy amable, pero no se moleste. No es una cuestión de dinero, es una cuestión de derecho. Los quesillos entran en Madrid sin pagar, y los entro yo. Estos granujas necesitan una lección. Los entro yo, solita, delante de sus narices.

—Como los entre... —rezongó el más agresivo de los consumidores.

Muy calmosa, mi abuela tomó sus cestas, que milagrosamente habían escapado indemnes, se fue recta a uno de los bancos del andén y se sentó allí, rodeada de la multitud que se había rehecho. Quitó el paño blanco que cubría los quesillos y empuñó uno de los moldes con la mano derecha; lo volcó con un golpe seco sobre la izquierda, se llevó el quesillo a la boca y comenzó a comer.

La mirábamos todos fascinados mientras iba vaciando moldes y comiendo, sin pausa y sin prisa. Mi hermana fue la primera que reaccionó. Se inclinó hacia mí y me dijo al oído:

—¡Se los va a comer todos!

Y en voz alta dijo a la abuela:

—Dame uno, abuela.

—No, hijita. Éstos no se la indigestan a nadie más que a mí.

Con lo cual provocó un coro de chiquillos que gritaban desahoradamente: «¡Déme usted uno! ¡No se los coma, tía hambroña!...» y un segundo coro de mujerucas que comentaban, divididas en dos bandos: «La tía esa es capaz de comérselos sin dar uno a los nietos», y otras: «Hace bien, es su derecho, y las cosas se hacen bien o no se hacen.» Todo esto, mientras a mi hermana y a mí se nos saltaban los lagrimones.

Cuando el último de los veinticuatro quesillos había desaparecido en su boca, se levantó y sacudió las migajas que habían caído en su falda. Encarándose con los consumidores enmudecidos, se palmeó el estómago:

—¿Qué, guapos? ¿Pasan o no pasan?

Sin que nadie dijera una palabra ni hiciera un movimiento, se encaminó a la puerta, seguida de nosotros hipando. Había en la puerta un coche de punto y el cochero abrió la portezuela para ella. Nos alejamos de la estación a un trote cansino; nosotros furiosos, los ojos enrojecidos, soltando algún hipo de vez en cuando, y mi hermana dando unos sollozos por sus cestillos perdidos; mi abuela muy tiesa frente a nosotros, la mirada perdida. De súbito se le transformó la cara y estalló en una tremenda carcajada que hizo volver la cabeza al cochero:

—Con la guasa se les ha olvidado cobrarme las otras cosas. ¡Y a mí, pagarlas!

Abrió una de las cestas y nos dio unos bollos, nos fue mostrando las cosas ricas que traía. Y mientras nos reíamos, las lágrimas ya olvidadas, nos dijo:

—Esto os puede servir de lección, mocosos. Al que se hace de miel, se lo comen las moscas. Y para andar por la vida hay que no dejarse pisar por nadie. Es la única forma de que le respeten a uno y hasta de que le dejen marcharse sin pagar...

Y volvió a estallar en risas.

Ésta es la razón por la cual, años después, yo me bebí una botella entera de jerez de vieja solera, ante unos aduaneros franceses que me miraban furiosos, y por la cual, al despertar de sus efectos ya cerca de París, contemplaba alegre y risueño las marcas de tiza de la aduana en mi equipaje, que nadie se había cuidado de revisar. Mis compañeros de viaje se asombraban, incapaces de comprender por qué me reía así después de haber roncado por horas, inmóvil en mi asiento.

Pero no era cosa de contarles la historia de mi abuela, que hace ya muchos años descansa en paz bajo la tierra.